

SOFOCLES, PINTOR DE ALMAS

Aurelio Espinosa Pólit S.J.

Tres genios en uno: tal podría ser la caracterización sintética de Sófocles, el gran trágico que por medio siglo fue pacífico señor del escenario de Atenas. Genio dramático, genio psicológico, genio poético.

Pero ¿no pudiera decirse lo mismo de otros muchos? ¿no constituyen estas tres capacidades el conjunto normal de prendas de todo el que escribe para el teatro? No, porque hay quien lo hace deliberadamente en prosa, renunciando a las galas poéticas, o tal vez despreciándolas; y hay grandes dramaturgos que, contentos con cautivar por la acción, no descuellan en la psicología. De Sófocles es preciso afirmar, no solamente que es grande en la técnica dramática, grande en la pintura de caracteres y grande en la poesía con que vivifica sus tragedias, sino, además, que tiene por distintivo esencial la fusión constante y armoniosa de esta triple excelencia.

Tan indisoluble es el vínculo interno con que en él se aunan estas tres prerrogativas, que sólo el separarlas, aun sin negarlas, es desfigurar el retrato que de él se trace y falsear los juicios que sobre él se profieran. Esta es la falla de uno de los libros más sugestivos entre los que recientemente se han escrito sobre el poeta de Colono: *Sófocles, el dramaturgo* de A. J. A. Waldock, Profesor de la Universidad de Sydney en Australia. *Sófocles, el dramaturgo*. . . Basta leer el título para prever las desviaciones de una crítica indebidamente particularizada. Limitarse de propósito en las tragedias de Sófocles al valor de la téc-

nica dramática y pretender explicar por ella sola todas las peculiaridades que presentan, es procedimiento tan descaminado como empeñarse en resolver un sistema de ecuaciones con varias incógnitas, no considerando sino una de ellas.

Aristóteles estampó en su *Poética* la teoría y las reglas de la dramaturgia, pero lo hizo un siglo después de Esquilo, Sófocles y Eurípides, y a vista de sus piezas. Entre éstas, una le pareció que descollaba por la pureza de las líneas y lo genuino del intento, y la escogió para presentarla como paradigma de lo que podía darse como trasunto casi sin tacha del ideal dramático. Era el *Edipo Rey* de Sófocles.

Pero es el caso singular que Sófocles es el primero en no conformarse con este canon. *Edipo Rey* es la única de sus tragedias en que el valor dramático basta por sí solo para la suprema excelencia. En todas las otras hay ciertas fallas técnicas, implacablemente recaladas por Waldock, quien no cae en la cuenta de que son fallas deliberadamente admitidas por fines superiores y triunfalmente compensadas por cualidades de otro orden, psicológico y poético.

No por las normas de Aristóteles sino por las del propio Sófocles deben ser juzgadas sus tragedias; y la única norma que las domina todas, y que a él le rige en la selección de medios, es la que se deriva de este concepto fundamental: "La dramática no es otra cosa que la representación viva de un trozo de vida humana". Donde haya por tema un genuino trozo de vida, en que, debatiéndose algún grave problema, actúen, inquietos y desgarrados, verdaderos seres humanos, hay para Sófocles drama. Casos habrá en que el problema sea uno solo, y una la acción que acerca de él se entable, y que se realice en un solo lugar y en un solo día, y sea uno solo el personaje al que todo converja. Tal conjunto constituye una oportunidad inmejorable, y aprovechándola, nos da Sófocles los dos *Edipos*. Pero hay también casos en que el trozo de vida humana sucede en dos sitios distintos e implica un desdoblamiento de cuestiones debatidas. No retrocede por ello Sófocles, y nos da *Ajax*. Tampoco retroce si en la acción hay dos aspectos que para su respectiva ejecución necesiten dos personajes, ambos principales en su esfera, y nos da *Electra*. Y así de las demás.

La perfección técnica no era, pues, para Sófocles elemento primario e insustituible. Para salvar grandes temas trágicos, que, de atenderse al rigor de los moldes aristotélicos, tendrían que sacrificarse, contaba con el absorbente interés de la psicología y con los encantos de la sublimación poética.

Y empezando por ésta, es maña suya ahogar en poesía las fallas del drama en cuanto drama, fallas, por ejemplo, de verosimilitud, las que

de suyo menos sufre el teatro. Por este capítulo quedarían excluidos de las tablas muchos temas de sumo interés, muchos lances de una fuerza patética conmovedora. No los excluye Sófocles; lo que hace es envolverlos en un halo de poesía tan irisado y tan vistoso, tan sugerente y acaparador, que no deja lugar a que se fije uno en achaques de verosimilitud.

Estudiemos un caso. Los Griegos han abandonado por enfermo a Filoctetes en la isla de Lemnos. No es ésta ningún desierto ni dista más de 70 Km. de Troya. ¿Cómo se puede imaginar que en ella estuviese abandonado el infeliz diez años enteros sin ser socorrido por nadie? Esto era inverosímil; pero era la base para el drama. Sófocles, lejos de disimular la dificultad, la ataca de frente y aun la recalca, pero la pone en boca del mismo Filoctetes con ponderaciones tan patéticas, que sólo se piensa en vivir con él la terrible escena que rememora.

Al encontrarse con Neoptólemo y ver que éste no le reconoce, pregunta angustiado y estupefacto:

¡Ni mi nombre has oído, ni los males
en que hasta hoy mi vida se consume?

Ante la negativa estudiadamente fría y despegada del joven, estalla Filoctetes en este largo monólogo conmovedor:

¡Oh, qué infeliz! ¡qué odiado de los dioses!
¡Verme como me veo, y que hasta ahora
ni rumor de ello haya llegado a casa
ni a punto alguno de la Grecia toda!

... Y esos que aquí me echaron, almas negras,
se están riendo y guardan su secreto,
mientras mi llaga sin cesar rebrota
y cada día más pujante crece!

Hijo, retoño espléndido de Aquiles.
Yo soy aquel de quien oíste acaso
que las armas de Heracles señorea:
Soy el hijo de Poyas, Filoctetes,
a quien los dos Atridas, conjurados
con el de Cefalonia, en esta isla
tan sin pudor abandonaron solo,
solo como me ves, víctima inerme
de tan horrible enfermedad, herido
con esa envenenada mordedura
de la serpiente matadora de hombres...

¡Con mi llaga, hijo mío, me dejaron!
 me tendieron aquí y alzaron vela.
 cuando al paso abordaron en su viaje
 desde el peñón de Crises. Satisfechos
 al verme adormecido tras las bruseas
 sacudidas del mar, en esta playa,
 debajo de esta peña, me dejaron
 y se fueron, poniéndome a la vera
 unos andrajos viles, bien a tono
 con mi suerte, y un poco de alimento...
 ¡Prueben un día parecidos trances!

Piensa ahora, hijo mío, cuál sería
 mi despertar del sueño, al verlos idos,
 mis llantos al mirarme en tal miseria,
 lejos las naves de mi propia flota,
 y nadie junto a mí, nadie en mi avuda,
 nadie que en mi dolencia me aliviara...
 Miré en torno, y no vi ningún repuesto
 sino de angustia, y de ésta, hijo, sobrado...

Pasarón, mes tras mes, las estaciones,
 y era preciso en mi morada estrecha
 valerme por mi mismo para todo.
 Remedío de mis hambres, este arco:
 al vuelo él me cazaba las palomas;
 y cuando algo lograba echar a tierra
 la flecha disparada, hasta cogerlo,
 iba arrastrando mi sangrante herida,
 paso a paso, infeliz. Todo faltaba,
 el agua indispensable, y en invierno
 cuando el hielo cundía, alguna leña
 para cortar. Yo mismo iba en su busca
 con mi tullido pie, siempre arrastrando...
 ¿Y el fuego que no había? Largamente
 dando piedra con piedra, al fin consigo
 hacer brotar la chispa en ella oculta,
 y tengo el fuego con que vivo ahora:
 que al fin, un techo y fuego es cuanto basta,
 si no es ¡ay! que mi pie sigue lo mismo.

Mira ahora, hijo mío, qué tal isla
 es ésta en la que estoy. No hay marineró
 que a ella venga queriendo, pues no tiene
 ni puerto donde anclar, ni factoría
 donde vender, ni casas, ni hospedaje.
 No viene para acá gente con juicio.
 Claro que algunos llegan sin quererlo
 —larga es la vida y sus azares muchos—.

Éstos, hijo, al hallarme, de palabra
me mostraron piedad; hasta les debo
un poco de comida, alguna ropa.
Mas una cosa nadie nunca quiso
cuando lo supliqué: llevarme a casa.
Y así vivo muriendo, en desventura,
diez años ya, con hambres y miseria,
cebando siempre esta insaciable llaga.

Esto es lo que me han hecho los Atridas
y Ulises, hijo mío. ¡Que los dioses
suerte igual les deparen por castigo!¹

Quien haya escuchado esto declamado al vivo en el teatro, no puede pensar en la inverosimilitud de semejante desamparo en Lemnos. Queda subyugado por la figura patética de Filoctetes y sigue viviendo con él su tragedia hasta el fin.

La poesía que derrocha Sófocles generosamente es las más veces de este género, genuinamente dramática, con una fuerza extraordinaria de contagio emocional; poesía en el propio vigor del término, no mera elocuencia de sentimiento, porque va más allá de las palabras y expresa precisamente lo que no puede expresarse con ellas, esto es la conmoción interna, el dejo desesperado, la dolorida impotencia para decir todo lo que se quisiera decir

Pero, a veces, es lirismo, lirismo puro, cristalino, centelleante, cuando lo juzga Sófocles necesario para compensar el prosaísmo que, en lances de excesiva crueldad, invade a ratos la escena trágica. Alza entonces el Colonense la ebúrnea lira para alguno de sus coros exquisitos como el del estásimo tercero de *Antígona*. Al final del tercer episodio rechaza Creonte con la mayor crudeza e incomprensión a Hemón, su propio hijo, que en el colmo de la angustia amorosa intercedía por su amada. Las últimas palabras del tirano habían sido sarcasmo de una brutalidad impía:

La he de llevar a despoblado, y viva
en rocosa prisión he de encerrarla.
La comida pondrele que nos baste
para evitar que afecte un sacrilegio
a toda la ciudad. Allí que imploré...
y a ver si las deidades del abismo,
su única devoción, quieren acaso

¹ vv. 251-316.

librarla de morir... Y, si no quieren,
aprenderá, aunque tarde, qué se saca
de afanarse en el culto de los muertos².

El Coro conmovido por el dolor del joven príncipe, el simpático enamorado de la heroína, canta sobrecogido:

Amor que en las batallas ni te rindes ni humillas,
Amor, tirano Amor, que en tu presa te ensañas,
tú que pasas las noches dormido en las mejillas
de la tierna doncella, e incontenible rondas
por agrestes cabañas
y por marinas ondas...
Nadie escapa al hechizo de tus lazos fatales,
ni dioses inmortales
ni el hombre, flor de un día,
y prueba tu locura quien de ti se confía³.

Al lado de la poesía de los grandes arranques patéticos y de la de los coros arrulladores, se encumbra a veces Sófocles a la poesía de las meras situaciones dramáticas, sublimidad substancial independiente de las palabras.

Edipo, el rey mendigo, el espantable ciego, el hombre aplastado por inexplicable destino, ha llegado a su última hora en que el cielo va a compensar sus inmerecidas desgracias con un éxodo triunfal. Ya ha escuchado los repetidos truenos con que le llaman los dioses al bosque sagrado de las Euménides donde debía ser su tránsito glorioso. De pronto, el inválido, que desde hace veinte años camina llevado de la mano por la hija fidelísima que le presta sus ojos, siente dentro de sí la sacudida de un incomprensible impulso divino; se yergue, aparta a su guía, se substituye a ella para guiar él la comitiva al lugar predestinado, y echa a andar, dando a los espectadores la evidencia tan clara como inexplicable de la realidad de una luz sobrenatural, vencedora de la material ceguera:

¡Mas vamos ya... que en mi interior me urge
lo que de Dios en mí siento presente...
¡Vamos al sitio ya sin dilaciones!
Hijas mías, seguidme, porque ahora
aparezco a mi vez por nuevo guía
para quienes lo fuisteis tantos años
de vuestro padre... ¡Vamos! ¡Adelante!

² vv. 773-780.

³ vv. 781-790.

No me toquéis, dejadme que yo solo
 halle la tumba oculta en que es mi sino
 que me pierda en el seno de la tierra.
 ¡Por aquí... por aquí... Seguid mis pasos
 por donde Hermes me lleva, el mensajero,
 y la diosa del reino de las sombras... *.

Hemos comprobado hasta aquí la dramaturgia libérrima del genio sofocleo, sin más vallas ni límites que los de las realidades de la vida; y también la poesía que vierte a manos llenas, poesía de todos los índices líricos y dramáticos, de todos los tonos y matices. Pero es preciso reconocer que dramaturgia y poesía no son sino el campo en que se exhiba y el medio de expresión que toma el genio psicológico del gran escrutador del corazón humano. La psicología, tal es la potencia suprema de Sófocles, la que entre sus prendas geniales descuella más alto, la que actúa más constantemente y más admira cuanto más de cerca se la estudia. Dramaturgo y poeta, Sófocles es sobre toda ponderación psicológico, es el gran pintor de almas.

Recordemos la extraordinaria limitación que se había impuesto el teatro griego en punto al número de personajes, nunca más de siete u ocho en cada pieza.

Los personajes de las siete tragedias de Sófocles no pasan de unos cuarenta: treinta y un hombres y once mujeres. Descartando los que no tienen más oficio que el de promover la acción sin descubrir nada de su propia intimidad, se reducirían a unos veinte. De éstos se destacan doce que constituyen grandes creaciones.

Hay que empezar separando a dos, los únicos que se mueven abiertamente en la línea del mal: Creonte y Clitemnestra.

Creonte figura sucesivamente en *Edipo Rey*, en *Edipo en Colono* y en *Antígona*. Encarna el desarrollo de una pasión, desde sus primeras manifestaciones imperceptibles hasta su total enseñoreamiento. El Creonte de las primeras escenas de *Edipo Rey* es un personaje vulgar e inocuo, prudente y circunspecto, que razona con una sensatez espesa pero irrefutable. En las escenas últimas, súbitamente ensalzado a la realeza, guarda todavía su moderación, pero da las primeras vislumbres de una sequedad terca y dura que tomará tremendas proporciones con el tiempo. A Edipo que le suplica no le separe de sus hijas, contesta lo que, sin saberlo él, era presagio de su propio sino desastroso:

* vv. 1540-1548.

No pretendas mandar por siempre en todo;
 pues si triunfaste con pujanza y brio,
 antes del fin falló tu señorío⁵.

En la segunda pieza, *Edipo en Colono*, aparece un Creonte astuto, alevoso, broncamente atrevido. Es que han pasado unos veinte años en que ha hecho la prueba embriagadora del poder, y, resuelto a conservar el puesto preponderante que ha adquirido en la política de Tebas, se muestra capaz de cualquier violencia para asegurar lo que no lograre el dolo.

A los ocho días, un golpe de fortuna pone en sus manos en forma definitiva el cetro de Tebas con la muerte simultánea de los dos hermanos que lo pretendían. Rey absoluto, cree necesario asentar su autoridad con un decreto que intimide a todos. Prohíbe sepultar a Polinices. Antígona, la hermana del príncipe infeliz se rebela contra esta orden impía. Creonte se aloca ante la idea de que le desafíe una mujer. Con saña, con verdadera ferocidad la condena a morir emparedada. Cierra los oídos a las representaciones, a las súplicas, a la desesperación de Hemón su hijo, novio de Antígona. Apresura brutalmente el suplicio de su víctima. Insulta al agorero que le amenaza con el castigo de la "némesis" divina. Y luego, con un colapso propio de estas personalidades externas sin genuina consistencia, se siente invadido por el terror, se aturde, quiere reparar su crimen. Ya es tarde. Antígona ha muerto; por Antígona se mata su hijo Hemón; y por Hemón se mata su esposa Euridice. Creonte, solo ya en el mundo, queda aniquilado, confesando a gritos su culpabilidad, sin lograr compasión de nadie, el que se había gloriado de matar sin compasión, —temeroso fin, escarmiento de tiranos.

En Creonte ha pintado Sófocles la sordidez en la maldad; en Clitemnestra, los misterios del corazón criminal. Clitemnestra había asesinado a su esposo Agamemnon. Seguía reinando en Argos con el amante adúltero Egisto, instigador del crimen; pero tenía que aguantar el perdurable reproche de los perpetuos lamentos de Electra, hija suya y de Agamemnon, que lloraba sin tregua la muerte del padre asesinado.

La *Electra* de Sófocles fue compuesta posteriormente a la *Orestíada* de Esquilo. El gran problema para Sófocles hubo de ser el personaje de Clitemnestra. ¿Cómo competir con la creación grandiosa de su predecesor, en la misma línea? pero también ¿cómo modificarla? Ésta, sin embargo, fue la hazaña del Colonense. Su Clitemnestra, émula digna de la de Esquilo, es totalmente de otro tipo. La grandeza de la primera es-

⁵ vv. 1522-1523.

taba en su simplicidad, en su tranquila identificación con el crimen, del que se gloriaba ufana. La segunda, menos imponente, para muchos menos trágica, es indudablemente más patética, por más reveladora de las siniestras complejidades del corazón humano: no ha logrado identificarse con el crimen, ni acallar los sobresaltos intermitentes del remordimiento. No tiene el porte real de la Clitemnestra de Esquilo, desafiante, aterradora; pero infunden un horror inexplicable los involuntarios resquicios por los que, detrás de la reina, se asoman la amante adúltera, y en ráfagas sorprendidas, la madre.

En la imposibilidad de seguir paso a paso tan compleja actuación, detengámonos un momento ante dos versos culminantes. Para sorprender sin defensa a Clitemnestra, la engaña un mensajero fingido con la falsa noticia de la muerte de Orestes, el hijo cuya sangrienta venganza ella perpetuamente temía. Tras una larga y convincente descripción de los juegos olímpicos, en que le cuenta cómo había perecido desastrosamente el joven, se detiene a esperar la respuesta.

La respuesta no es el ay de dolor en que debía irrumpir el instinto materno; no es tampoco el grito salvaje de alegría que podían hacer temer sus anteriores explosiones de odio; son dos versos retorcidos como esguince de serpiente que se anuda y desanuda:

Y a esto, oh Zeus, ¿qué nombre dar? ¿ventura?
 ¿o hecho fatal, que es a la vez ganancia?

Percibimos con repulsión el cálculo frío, criminal, odioso. Es una madre la que, oyendo que ha muerto su hijo, se pregunta: ¿Felicidad o desgracia?; y ¿desgracia total o con ventaja y ganancia? Cualquiera que sea la solución de la disyuntiva, el mero hecho de haberla planteado es horrible. Y no atenúa este horror el sordo comentario que añade Clitemnestra:

¡Qué triste, sin embargo que mi vida
 se tenga que salvar tan a mi costa!

El mensajero, haciéndose el que no entiende, apunta:

Mujer, ¿tanta aflicción por esta nueva?

Ella, como hablando consigo misma, se deja decir:

Terrible es el ser madre... Ni agraviada
 puede una criar odio contra su hijo...⁶.

⁶ vv. 766-771.

Δειδὸν τὸ τίηται... frase inmortal que con tres palabras pone al desnudo el fondo del corazón. "Es cosa tremenda el ser madre"...; hay una tiranía misteriosa en la maternidad, algo que es más poderoso que todos los sentimientos deliberados. Éstos se superponen encontrados y variables, pero en el fondo queda siempre el amor instintivo, el recuerdo, vivo siempre, que ha dejado en las entrañas el hijo que vivió en ellas; de modo que ni aun al hijo que se haya hecho digno de odio, atine la madre a odiar. Como horrible excrecencia cancerosa sería el odio en el corazón materno.

Pero estos dos versos, que hasta cierto punto podrían redimir a Clitemnestra, resultan una contradicción flagrante con lo que en realidad había hecho ella con Orestes y con Electra. Dice que el odio era imposible para su corazón, y las obras habían sido buscar primero al hijo, niño indefenso, para degollarlo en pos de su padre, y luego reducir a esclavitud a la hija dentro del propio palacio. Aquel imposible lo había realizado la conciencia del crimen. El fondo instintivo de amor materno, trastornado, pervertido por el adulterio y vuelto contra sí mismo, la habían hecho capaz de esta complejidad monstruosa que a ella misma la desconcierta.

El falso mensajero impertérrito enuncia su propio desengaño mezquino:

Entonces, por lo visto, vine en vano.

Replica instantáneamente Clitemnestra:

¡En vano, no! ¿Cómo ha de ser en vano,
si me has traído fidedignas pruebas
de la muerte de mi hijo!...¹.

Y se desboca a las más crueles e injustas acusaciones contra él. Deliberadamente suprime y ahoga el tímido gesto esbozado por el amor materno, y de la primera disyuntiva: "¿Felicidad? ¿O calamidad, aunque con su provecho?", resuelve a sangre fría: ¡Felicidad!

La maldad de Clitemnestra se ha consumado. Vemos caer sobre ella fulminante el castigo divino por mano de Orestes. Lo vemos estremeados, pero sintiendo que es justicia.

Negruras sin compensaciones no ha pintado Sófocles, fuera de Creonte y de Clitemnestra. Áyax, el suicida es más bien una víctima. Le lleva a la muerte su sentido exagerado del honor. Los Griegos le han

¹ vv. 772-775.

defraudado de las armas de Aquiles, que por derecho de preeminencia en las batallas le correspondían a él. Quiso vengarse Áyax. En el momento de ejecutar su siniestro intento, la diosa Atena le cegó y enloqueció, de modo que en vez de dar muerte a los Atridas, hizo una horrenda cuanto inútil y ridícula matanza en los rebaños del ejército. Al volver en sí después de su locura y ver el deshonroso desafuero cometido, se desespera: perdido todo honor, no piensa sino en morir. Nada pueden para contenerle los prodigios de ternura y suavidad de su esposa, Tecmesa. La aleja hábilmente, y presa de una tristeza infinita, se suicida.

En el fondo es egoísmo: Áyax no mira sino por sí; para él la vida ha perdido toda ilusión; no le importa que tenga valor e importancia para otros; para él no la tiene, y se mata.

El egoísmo del varón había impresionado a Sófocles; ha hecho de él la nota común y distintiva de todos sus personajes varoniles.

Es ciertamente dominante en el más célebre de todos, Edipo. Desde su primera entrada en la escena se presenta grave, paternal, solícito por el bien de su pueblo; pero también consciente de su grandeza y superioridad, como que a sí mismo se apellida

Edipo, el renombrado entre las gentes,⁸

y excesivamente seguro de sí mismo, pues en la peste que asuela a Tebas asevera que el lo va a hacer todo y se va a bastar para todo. Con este empeño inicia la encuesta para descubrir al causante, encuesta en la que va dando muestras de una insaciable avidéz intelectual. Quiere saber. A todo trance ha de averiguar; para lograrlo, atropella toda conveniencia ajena, toda prudencia propia. Se juega la vida por satisfacer su curiosidad; lo logra, y en ella encuentra su ruina. Arruinado y todo, no piensa sino en sí mismo. Ama, pero en los otros no se ama sino a sí. Recibe el amor ajeno, el amor de sus hijas, sacrificado hasta el heroísmo, como tributo que le es debido. El desamor de sus hijos es a su juicio crimen inexpiable, merecedor del más crudo e irreductible rechazo. Los maldice sin piedad, y la maldición a que los condena es a que mueran el uno a manos del otro, disputándose el trono del que le expulsaron a él. Muere con la grandiosidad de un semidiós, y su triunfo, acorde por disposición divina con sus más íntimas aspiraciones, consiste precisamente en recobrar para aquel trance supremo su total au-

⁸ v. 8.

tarquia. El que, ciego por veinte años, había tenido que caminar siempre de mano ajena, en su última hora marcha sin guía hacia su tumba. Detrás de él, para recibir sus órdenes y ser testigo de su tránsito, va Teseo, el rey de Atenas. La escena final de *Edipo en Colono* responde a la escena primera de *Edipo Rey*: consagra el "autocentrismo" (si así cabe decir) del que no concibió la vida sino como algo en que todo y todos debían girar en torno de él.

Este egoísmo total del varón está recalcado más crudamente todavía en *Las Traquinias*, la tragedia que en forma más directa contraponen los dos sexos, la tragedia de la frustración en el matrimonio. En ella, la responsabilidad de esta frustración exicial, que acaba en dos muertes desastradas, recae íntegramente sobre el varón. Heracles es un portento de egoísmo, tal vez para los Griegos su excusa era ser un héroe que moría divinizado; pero en un egoísmo desconcertante por lo consciente, seguro y satisfecho de su derecho pleno: ¿quien puede imaginarse, parece decir Heracles, que vaya él a subordinarse a nadie, ni a reconocer a nadie derechos sobre él, aunque sea a su legítima esposa?... Cerrado sobre sí mismo no toma en cuenta para nada los males irreparables que hace con su proceder a cuantos le rodean, a su mujer, a su hijo, a la joven desdichada de quien se ha prendado, a los padres y a la patria de ella, arruinados por este ciego amor. No es sólo que en nada de esto piensa Heracles, sino que se manifiesta totalmente incapaz ni de pensar siquiera.

Duro ha sido Sófocles con sus héroes masculinos. Todos son egoístas: egoístas Áyax y Edipo y Heracles; egoísta Egisto, el torpe concubinario de Clitemnestra; egoísta Ulises, que si aparece digno frente a la desgracia de Áyax, es un perfecto villano frente a la de Filoctetes, y en todo caso no mira nunca sino por sí; egoísta Polinices, que lamenta la miseria en que encuentra a su padre, pero sólo pretende ganarlo para su causa; egoísta Filoctetes en su implacable resentimiento; y egoísta el mismo Teucro, que llora sinceramente la desgracia de Áyax, su hermano, pero en función de la propia, y Neoptólemo, que devuelve a Filoctetes el arco robado, pero por salvar su propio honor. Únicas excepciones relativas a este egoísmo universal de los varones, Teseo en su acogida a Edipo, y Hemón en sus ruegos por Antígona.

Las virtudes contrarias, desinterés, abnegación, fidelidad, solicitud, olvido total de sí, todas las ha acumulado en sus personajes femeninos, las joyas de su teatro.

En *Edipo Rey*, Yocasta, la mujer de la trágica suprema desventura, que, sin saberlo, era a la vez madre y esposa, madre con el amor instintivo de las madres, esposa con la consagración vital consciente de

las esposas. En todo instante no piensa sino en Edipo, en ayudarle, en tranquilizarle, en calmarle, en sostener su esperanza, en rebatir sus congojas. En la encuesta entablada para descubrir al matador de Layo, con las revelaciones del mensajero corintio empieza a levantarse el velo de un nuevo misterio harto más horrible que el que se estaba dilucidando. Antes que Edipo pueda comprender nada, ella ya ha entendido: ¿qué importa quién haya matado a su primer esposo, si el segundo, el que tiene delante, es el propio hijo suyo, al que, obligada por el primer marido, había mandado exponer en las cañadas del Citerón? Edipo, refiriéndose al primer objeto de la encuesta, le pregunta:

Señora,
¿el pastor que has llamado y aguardamos
será tal vez el hombre que éste dice?

Horrible trance. Contesta Yocasta como sonámbula:

¿Qué dice?... Cualquier cosa... si es inútil
cuanto habla... Ni lo pienses ni recuerdes...⁹.

Para ella se ha acabado la vida... esposa de su hijo, tiene que morir, pero va a hacer un esfuerzo supremo por salvarle a él. Y para esto, lo único era contener la investigación empezada. Dado lo que era Edipo, esto era un imposible: ¿quién le podía contener! Este imposible intenta el amor desesperado de Yocasta; y se precipita este diálogo espantoso, en el que Edipo, incapaz de comprender, adivina mal, interpreta erróneamente los motivos de Yocasta, la agravia y la insulta injustísimamente; y ella se deja insultar, e insiste, y suplica, y al fin, vencida por la terquedad de Edipo, cierra los ojos y se deja caer en la corriente que la arrebató a la muerte.

Yocasta. Edipo.

Yocasta:

¿Qué dice?... Cualquier cosa... si es inútil
cuanto habla... Ni lo pienses, ni recuerdes...

Edipo:

¡Jamás! con tales prendas, yo no paro
hasta saber al fin de quién desciendo...

⁹ vv. 1054-1057.

- Y. ¡No, por los dioses, no! Si algo te importa la vida, cesa ya... Basta mi angustia...
- E. ¡Animo!, que aunque siervo yo resulte, hijo de sierva en tercer grado siervo, tú nada has de perder...
- Y. ¡Aunque así fuese, óyeme, te suplico, no lo hagas!
- E. No puedo oír: ¡he de saberlo todo!
- Y. Si es lo mejor... y por tu bien lo digo...
- E. ¡Pues mira, de ese bien me voy hartando!
- Y. ¡Nunca sepas quién eres... nunca... nunca...
- E. ¡Basta! ¡no espero más! ¿No habrá quien corra y me traiga al pastor? —Esa... dejadla que en su linaje espléndido se engría!...
- Y. ¡Ay desdichado!... ¡ay!... ¡Sólo ese nombre te doy... Y es el postrero... para siempre...¹⁰.

Estas últimas palabras ha dicho Yocasta con voz imperceptible, cadavérico el rostro, desorbitados los ojos con que mira por última vez a su hijo, al hijo que no había reconocido en el esposo. Retrocede tambaleándose, y, loca de dolor, se lanza al palacio a morir.

Antígona y Électra son las clásicas heroínas de Sófocles, la heroína del arranque subitáneo y la heroína del perseverante duelo; la que fue heroína por afrontar y vencer a costa de su vida al tirano de la repentina imposición impía, y la que lo fue por haber esperado y preparado por doce o trece años la justa retribución a los matadores de su padre. Antígona, la heroína del amor fraterno; Electra, la heroína del amor filial. La una va derecho a la muerte, a pesar de los desfallecidos estremecimientos de la sensibilidad; la otra jura no cesar en sus plañidos por el padre asesinado, a pesar de los maltratos que le dan los asesinos, exasperados por la fidelidad de este llanto.

¡Sublime el adiós desgarrador a la vida, con que marcha al suplicio Antígona, consciente del horror de su muerte, pero firme hasta más allá de la muerte en su amor:

Miradme, ciudadanos de mi patria,
 que ya recorro mi postrer camino,
 que el postrer rayo de mi sol contemplo,
 y nunca, nunca más... Me lleva el Hades,
 el que a todos aduerme; hacia las playas
 me lleva ya del Aqueronte... en vida,
 sin mi derecho al canto de himeneo
 sin cortejo nupcial ni himno de bodas...
 ¡Mis bodas... con el dios del Aqueronte!...

¹⁰ vv. 1056-1072.

¡Ay qué himeneo! ¡Hermano, hermano mío,
hermano el de las nupcias sin ventura,
me has quitado la vida con tu muerte! ¹¹.

Conmover el canto con que Electra, en la iniciación de su tragedia, empieza un nuevo día, el último, de su prolongado martirio:

Oh pura luz del sol, oh aire divino
que la tierra endoselas,
el canto de dolor en que me obstino
cuantas veces no oísteis en mis velas,
y el ruido de estas manos que con ira
el pecho me ensangrientan en la hora
en que, frente a la aurora,
lenta la negra noche se retira.

Oh, las tristes veladas...
bien las conoce mi angustiado lecho
en esta casa del dolor... Oh albadas
en que la suerte de mi padre endecho...
—padre, que no tuviste fin glorioso
de Ares, dios de la sangre en playa extraña,
padre, en quien de mi madre y de su esposo,
el ruin Egisto, se cebó la saña:
cual abaten gañanes fuerte encina,
así le derribó su hacha asesina;
y nadie lo lamenta... Sola lloro,
padre, tu muerte vil y sin decoro...
Mas nunca pondré fin a mis querellas
ni al gemir de mi duelo,
mientras miro el temblor de las estrellas
y el sol en pleno cielo:
a las paternas puertas sin reposo,
ruiseñor sanguinoso,
perenne cantaré mi desconsuelo ¹².

Heroínas trágicas Antígona y Electra. Una belleza de otro orden ha sabido trazar Sófocles en Tecmesa, la dulce Tecmesa, la prisionera de guerra, esposa de Áyax. En esta figura de Tecmesa, toca el arte de Sófocles una de sus cimas invioladas. Pocas veces habrá aparecido en el teatro un personaje en que sea tan transparente la envoltura corporal y deje tan a la vista el alma en toda su espiritual belleza. Cuán llenos de sí mismos estaban un Edipo, un Heracles, y el mismo Áyax

¹¹ vv. 806-816 y 869-871.

¹² vv. 86-109.

su esposo, tan vacía de sí está Tecmesa. Es la mujer identificada con el varón a quien pertenece, que vive única y exclusivamente para él, sin un pensamiento para su propia suerte. Si alude a ella, es sólo como medio para conmover a Áyax y asegurar su salvación.

En la horrorosa desgracia que lo ha arrollado y enloquecido, al lado está de él, dolorida, sobresaltada, pero sin perder la cabeza. Compasión y reverencia es lo que siente por su esposo, a pesar de la humillación en que le ve, y compasión y reverencia es lo que logra infundir con su fervor en los toscos marineros del Coro. Con infinita delicadeza asiste a Áyax en el difícil trance de su vuelta paulatina a la razón; y cuando comprende que el infeliz, abrumado por su infamia, se ha resuelto por el suicidio, a pesar del rudo rechazo que ha sufrido en un primer intento de intervención, hace un esfuerzo supremo por apaciguarle y disuadirle con esta súplica palpitante de conyugal ternura:

Áyax, mi dueño, la aflicción que al hombre
 más abruma, es el peso de su suerte.
 Ya ves yo: yo nací de padre libre,
 rico más que ninguno entre los Frigios,
 y ahora sierva soy. Así los dioses
 lo han dispuesto, y más que ellos tu pujanza.
 Pero al fin, pues comparto yo tu lecho,
 ya mira con amor todo lo tuyo.
 Y por Zeus te suplico, el que preside
 en nuestro hogar, por los nupciales lazos
 y el lecho que nos unen, no permitas
 que tenga que escuchar ultrajes viles
 de tus contrarios... No, no me abandones
 en manos de otro... El día en que murieras,
 ése, ese mismo día, no lo dudes,
 llevada por los Griegos con violencia
 me vería de esclava con tu hijo.
 Y alguno de mis amos, disparando
 cruel baldón, "Mirad —dirá— la amiga
 de Áyax que fue campeón en el ejército,
 ved en qué menesteres sirve ahora
 la que gozó tan alto estado...". Tales
 correrán los dicterios, rudo golpe
 para mí al escucharlos, pero infamia
 que a ti te afrente y a tu alcurnia toda.
 Ten rubor de dejar así a tu padre
 en mustia ancianidad... Tu madre mira,
 cargada de años y en continuo ruego
 ante los dioses porque vuelvas vivo;
 y ten piedad, oh rey, del hijo tuyo,

si, privado de tí, sus tiernos años
 tiene que pasar solo y al cuidado
 de unos tutores sin amor. ¡Qué manda
 de dolor lo que a él y a mí nos dejas,
 si llegas a morir! Yo ya no tengo
 a dónde más mirar sino a tí solo:
 patria no tengo: la arrasó tu lanza;
 padre y madre tampoco: hados distintos
 a morar con los muertos los llevaron.
 ¿Hogar? —¿qué hogar sin tí, ni qué riqueza?
 Mi salvación toda de tí depende.
 Y luego en mí piensa también. ¿No es justo
 que amoroso recuerdo guarde el hombre
 de quien le dió dulzura? Siempre fruto
 del amor fue el amor; y el que en su pecho
 deja morir la gratitud no puede
 pretender que le llamen bien nacido ¹³.

Hay en el teatro de Sófocles figuras más excelsas y más erguidas; para mí no hay figuras más bella que la de Tecmesa: fiel, amante, sacrificada, discreta, enérgica, magnánima, noble, pura, y en todas estas virtudes, diáfana, transparentemente sincera. No abre una vez los labios sin que en sus palabras se perciba el sonido de cristal que da su alma al toque del dolor que destroza su vida de esposa y de madre.

Sólo una cosa pudiera criticarse en Tecmesa: que es demasiado ideal, demasiado sin sombras, y la naturaleza humana matiza sus bellezas con sombras. No puede esto negarse, y por esto, la figura más humana del teatro sofocleo no es Tecmesa, sino Deyanira.

Cuando tiene Tecmesa de cándida tersura, tiene Deyanira de complejidad. No es una mártir, no es una heroína, es una mujer. La mujer normal que despertó a la vida con el anhelo romántico de la felicidad lograda en el matrimonio, que vivió los sobresaltos agrídulces de un noviazgo accidentado, que soñó radiante con los halagos del esposo conquistador, que sintió las primeras mordeduras del desencanto al ver desvanecida la ilusión de un marido hogareño y cordial. "Tuvimos nuestros hijos, dice, pero él era como el agricultor que tiene una hacienda lejana, a la que no va sino dos veces al año, para la siembra y para la cosecha, siempre fuera, siempre en alguna arriesgada empresa..." ¹⁴. La melancolía del desamparo y de la soledad ha ido minando a Deyanira. Sigue esposa fiel, pero su ensueño había sido un hogar.

¹³ vv. 485-524.

¹⁴ Las Traquinias, vv. 31-33.

En esto ha fallado Heracles; le ha fallado en la misma fidelidad esencial. Ha sabido ella de multitud de casuales amorios del esposo vagabundo; todo lo ha perdonado con la esperanza de que al fin volviera. Pero el día en que ve, que a título de cautiva de guerra, manda por delante a la casa a una joven hermosísima, siente que ha llegado la hora en que va a jugarse la vida. O reconquista el corazón de su marido y salva su hogar, o lo pierde de golpe todo. Guarda un filtro amoroso, cuya eficacia le han asegurado y que ha tenido en reserva largos años. Lo envía a Heracles; y a poco se entera de que ha sido un veneno activísimo que le esta abrasando y lo tiene a punto de muerte. Deyanira siente instantáneamente que se ha derrumbado su vida. Vivir, ¿para qué, muerto el marido, perdido el hogar? Toda la culpa es del esposo traidor; pero ella, antes de que lo traigan a morir en su presencia, triste, infinitamente triste, se suicida.

La tragedia es una denuncia tremenda de los desastres que acarrea la infidelidad conyugal. Muere Deyanira, muere Heracles y quedan vinculados para mutua infelicidad Hilo el hijo, y Yola la desventurada cautiva, objeto inocente del amor adúltero de Heracles.

Sófocles, pintor de almas. No tiene ni título mejor ganado, ni más alta gloria, ni para nosotros motivo más fundado de íntima simpatía: en él tenemos al guía más calificado en la difícil ciencia del conocimiento del corazón humano.

Pero, al concluir este recorrido somero de su galería de personajes trágicos, no podrá menos de aclarársenos una impresión de impotente y quejosa melancolía, si pensamos que de Sófocles tenemos sólo siete tragedias, habiendo sido ciento veintitrés, y unos cuarenta personajes, cuando fue sin duda todo un pueblo el que había creado su genio para la inmortalidad.

